

EDITORIAL

Una lectura de la agenda de trabajo que la asamblea de socios propuso al Directorio, en Temuco (véase Boletín No. 13, pp. 23-24), y el cúmulo de tareas que se ha ido agregando desde entonces, han hecho evidente la necesidad de integrar a los miembros de la Sociedad para llevar a cabo las distintas iniciativas. Ya están funcionando comisiones de Educación, de Premios Nacionales, de Archivo Iconográfico y Documental, de Edición de las Actas del XII Congreso Nacional y de Conmemoración del Trigésimo Aniversario de la Sociedad. El Directorio seguirá cursando invitaciones para integrar comisiones y continuará abierto a iniciativas en ese sentido que provengan de los propios socios. La creación de un logotipo que defina nuestra imagen corporativa, por ejemplo, es una actividad en la que los miembros de la Sociedad pueden dar libre curso a su creatividad y espíritu de participación.

El llamado a debatir el problema de la crítica en la arqueología chilena, hecho en el Editorial pasado, no ha tenido la respuesta que los innumerables pedidos en ese sentido hacían esperar. Las dos contribuciones que aparecen en este número fueron solicitadas por el Editor. Hacemos votos para que en los próximos números esta situación se revierta y las contribuciones arriben en forma espontánea.

Lo anterior quizás tenga que ver en parte con una cierta renuencia de los socios a publicar artículos en una revista que, por su bajo tiraje, no aseguraría una amplia difusión. Sin embargo, esto es engañoso. Nos hemos preocupado de que las instituciones que reciban el Boletín (véase nómina en págs. 9-10) sean centros importantes de almacenamiento y disseminación de información a nivel regional, nacional, continental y mundial. En otras palabras, los autores pueden tener la seguridad de que lo que publiquen en este Boletín está alcanzando una distribución que tiene efectos multiplicadores.

El artículo de Francisco Mena, en la sección Tribuna (véase p. 17), toca un problema altamente sensible, que está llamado a ser el centro de mucha discusión en los años que vienen: la interfaz entre arqueología, periodismo y divulgación. Para Mena, hay un exceso de autocensura por parte de los arqueólogos, que impide que su conocimiento trascienda nuestro estrecho círculo académico y realice la función social que debe tener todo nuevo conocimiento. Algo así como un-miedo-al-que-dirán-nuestros-pares. Aunque no pocas veces uno desearía observar una mayor autocritica en algunos popularizadores de la arqueología, existe, sin duda, necesidad de pontífices (puentes) que unan a la academia con el gran público. Organizar un seminario de Arqueología y Periodismo, invitar regularmente a periodistas científicos o del área de cultura a nuestros congresos nacionales y regionales, o propiciar que algunos alumnos de la carrera de arqueología desarrollen un curriculum combinado con asignaturas de periodismo, son medidas que en conjunto quizás contribuyan a pulir las aristas de esta interfaz todavía demasiado irregular.

Para finalizar, un tema de palpitante actualidad: el de los efectos e implicancias de aquello que en el medio anglosajón se denomina public archaeology, cultural resource management o archaeological heritage. El reciente llamado a propuestas hecho por el Ministerio de Obras Públicas (MOP) para un catastro de sitios arqueológicos, hizo sonar las campanillas de todos los gabinetes arqueológicos del país. Más de 20 interesados retiraron las bases de postulación, aunque sólo dos presentaron propuestas. El llamado tiene aspectos sumamente positivos, ya que señala una preocupación por parte de las autoridades (debidamente estimulada por créditos externos atados a legisla-

ciones sensibles a problemas de impacto ambiental) de cautelar el patrimonio cultural, incluido el prehistórico. Además, expande nuestro campo ocupacional, haciendo posible el ejercicio liberal de la profesión. En un futuro cercano las universidades y los museos dejarán de ser las únicas fuentes de trabajo para los arqueólogos, si es que tal cosa no está ocurriendo ya desde hace un tiempo (e.g., piénsese en la "arqueología forense").

Sería ingenuo, sin embargo, pensar que esta nueva realidad no producirá problemas y tensiones. Y no sólo por cuestiones de dinero (hace 15 años, en los EE.UU. este tipo de actividad movía fondos equivalentes al presupuesto anual de una línea aérea regional). La experiencia en otros países indica que se producen conflictos de interés entre los exponentes de una arqueología académica (orientada a la investigación básica o fundamental) y de una arqueología aplicada (orientada al cliente). Las prioridades del mundo de los negocios y de la actividad pública rara vez coincidirán con las académicas. En este sentido, es bueno que se sepa que la Sociedad cursó una indicación al MOP, a través del Consejo de Monumentos Nacionales, para que cualquiera sea el catastro que se haga, éste no constituya carta blanca para destruir sitios que no figuren en dicho catastro. En el futuro, la Sociedad deberá colocar un ojo muy atento sobre este tipo de arqueología, a fin de que los plazos perentorios con que suele trabajarse en proyectos como éstos, no sean excusa para labores de campo superficiales e informes escritos que no satisfagan un mínimo de los estándares académicos.

J.B.R.

DIRECTORIO
SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGIA
1991-1994

Fernanda Falabella Gellona	Presidenta
Eliana Durán Serrano	Secretaria
Mauricio Massone Mezzano	Tesorero
Carlos Aldunate del Solar	Director
José Berenguer Rodríguez	Director